

Karine Bernal Lobo

EL CORAZÓN DEL REY



CROSS
BOOKS

KARINE BERNAL LOBO

EL CORAZÓN DEL REY

Los secretos
derrumban imperios



CROSSBOOKS, 2026
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Karine Bernal Lobo, 2025
© Ilustraciones de Álvaro Cardozo
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2026
ISBN: 978-84-08-31049-5
Depósito legal: B. 45-2026
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas
fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento
de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de
cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.



1

MISHNOCK

HELIA 7 — ESTADO TEMPORAL 5 — AÑO 3

EMILY



Lo dije.

Lo hice.

Acepté.

Voy a casarme con Magnus Lacrontte. Voy a casarme con el rey enemigo. Voy a casarme con el hombre que me rompió el corazón.

—¡Emily, por favor! —Escucho a Stefan hablar casi entre dientes—. No hagas esto.

Lo miro. Está pálido, como si le hubieran drenado la mitad de la sangre del cuerpo y solo quedara un caparazón sin alma.

—¿Te di una oportunidad de escapar y así me lo pagas? —El reclamo encolerizado de Lerentia es casi cómico. No le debo nada... o quizás sí. De ser así, no me interesa saldar la deuda.

—Ahora no tiene necesidad de escapar, majestad. —La voz de Francis es la única que emana calma.

Tiene razón. Voy a ser libre por fin, pero así no era como quería que fuera mi historia. Quería a alguien que me amara de verdad, alguien en quien pudiera confiar, y Magnus no es ninguna de esas dos cosas.

Devuelvo la atención a los brillantes ojos verdes del rey de Lacrontte, quien sonríe sin los reparos que suele poner. Saca la



sortija de su estuche, me toma la mano y me pone el anillo en el dedo anular. De inmediato siento el peso del zafiro y también el peso de mis decisiones.

—Emily, por favor, recapacita. ¿De verdad quieres esto después de lo que él te hizo? —Las súplicas de Stefan no pueden resultarme más reconfortantes.

—Lo que ambos me hicieron —le recuerdo.

Lo miro y veo la ira en sus ojos, ahora oscurecidos. Veo todo lo que vivimos y lo que esperábamos vivir. Nos prometimos tantas cosas que en este momento se me hacen ridículas. ¿Cómo pude convencerme de que funcionaría? No me arrepiento de haberlo querido. Me arrepiento de haber sido tan ciega y no ver las señales. Y lo peor es que aplica para ambos casos.

Paseo la vista por la sala hasta dar con el rostro enojado de su esposa y recuerdo cada humillación y cada acción con las que ella intentaba hacerme sentir pequeña. Dentro de poco tendremos el mismo título y una corona parecida sobre la cabeza. No tendrá razones para señalarme. Yo también seré reina y, a diferencia de ella, yo seré una Lacrontte.

—¡Magnus, fuera de mi palacio! —grita mi carcelero igual que un niño ofendido.

—Será un placer —anuncia a medida que se levanta—, pero solo me iré de aquí con mi prometida, Denavritz.

—No vas a llevártela.

—¿En serio crees que vas a impedírmelo?

—Él no va a llevarme —aseguro con la espalda derecha y la voz firme—. Voy a irme porque quiero. Atelmoff, por favor, acompáñame a recoger mis cosas.

Me vuelvo hacia él. Tiene la mirada decaída, con una mezcla entre alegría y nostalgia. Me sonríe con un gesto que le cuesta. Estoy segura de que todos aquí pueden ver su tristeza y su lucha por ocultarla.

Atelmoff y yo salimos de la sala custodiados por guardias lacrontters y caminamos en silencio. Siento el corazón apretado y



pequeño. No quiero dejarlo, pero tampoco quiero continuar encerrada.

—No pienses que estoy triste, querida —dice mientras subimos las escaleras—. Estoy muy feliz por ti. Saldrás a vivir. Bueno, sí estoy triste, aunque mi tristeza no es relevante.

—Lo es. Tú eres relevante.

Busca mi mano y la aprieta con suavidad. Gira la cara hacia la pared y se detiene cuando llegamos al segundo nivel. No puedo verlo; sin embargo, siento sus lágrimas. Me acaricia el dorso y con los dedos ubica el anillo que me une a Magnus.

—Fue divertido pasar tiempo contigo —suelta con la voz estrangulada.

—¿Eso es lo que me dirás?

—Te voy a extrañar y sé que tú también a mí. Soy irremplazable y maravilloso. Seguro una de las personas más increíbles que se han cruzado en tu vida. Brillo. Soy casi un sol humano.

No deja de halagarse por un rato y yo no lo interrumpo. Ese es su mecanismo de defensa.

—¿No te gustan las despedidas, Amoff?

—¿A quién le gustan, realmente?

—No quiero dejarte aquí. —Me suelto de su agarre y lo abrazo por el cuello. Él continua de espaldas, pero no se niega a recibirlo—. Puedes venir con nosotros, aunque sé que no lo harás.

—Querida, yo he criado a Stefan. —Se vuelve por fin y se seca el llanto antes de mirarme con esos impresionantes ojos azules—. He secado sus lágrimas, he visto sus tristezas, alegrías y desvíos. Lo quiero y no puedo dejarlo solo ahora que está perdido. Él me necesita y siempre voy a estar a su lado, así desapruebe sus acciones.

—Tú no lo quieres, Atelmoff. Tú lo amas.

—Lo amo, sí. Lo voy a amar hasta el día en que muera. No es algo que pueda explicarte. Solo ten claro que no voy a dejarlo solo jamás. Puedes castigarme por mi decisión y lo aceptaré sin chistar.

Lo entiendo. Es casi su padre y el mío nunca me abandonaría, a pesar de mis errores.



—Yo no voy a odiarte ni hoy ni mañana.

—Eso no lo sabemos. Desconoces algunas cosas de mí que te sorprenderían.

—Sé que no eres una mala persona. Pero, si me lo permites, hay una última cosa que quiero preguntarte —le digo en voz baja. No quiero meterlo en problemas si es que un guardia mishniano nos escucha—. Es una duda que no me deja en paz. Es sobre la reina y juro que no tiene que ver con lo que hablamos la ocasión pasada. —Asiente, dándole entrada a mi duda—. Recuerdo que dijiste que Nahomi solo tuvo una hija. Entonces, ¿quién era Nicholas y por qué se hacía pasar por su hermano?

Sonríe. Es todo lo que hace por un momento. Pensó que lo olvidaría, que lo dejaría pasar. Claro que no, así como tampoco olvido su otra sonrisa cuando le pregunté si quería a la reina.

—Digamos que era una justificación y un juego al mismo tiempo. Te conté también que los padres de Silas no aprobaban una relación con plebeyos y que por eso inventaron que Genevive era una noble, así que necesitaban que un noble de verdad la apadrinara. Nicholas se prestó para eso. Se hizo pasar por su hermano para co-bijarla bajo su título y su apellido.

—Entonces, ¿cuál es el verdadero apellido de la reina y de Nahomi?

—Solo era una pregunta y ya la respondí. Vamos por tus cosas, querida. Tu futuro esposo te espera.

* * * *

Cuando regreso a la primera planta, con los guardias lacrontters, no hay rastro de Stefan ni de Lerentia. En su lugar, Magnus y el señor Modrisage me están esperando. El primero me mira con impaciencia, quiere que nos vayamos de aquí, y el segundo sigue con su calma característica, vigilando mi llegada. Él es a quien me dirijo.



—Antes de marcharnos, necesito hablar con mis padres —digo lo suficientemente alto para que su rey escuche.

Francis gira el cuello hacia Magnus, buscando una autorización. Este no habla, solo aprueba con un movimiento de cabeza.

—Como guste, señora Lacronte.

—Aún no lo soy. Emily está bien.

Asiente sin más. ¿Lo hace para fastidiarme? No lo creo. Francis no parece esa clase de hombre. ¿Será una orden de Magnus? Es probable.

Al salir del palacio, solo me despido de Christine y Leslie, mis doncellas en Mishnock. Estoy ansiosa por largarme de aquí, aunque no muy feliz debido a todo lo que me espera. Los nervios se apoderan de mi cuerpo cuando noto que nos acercamos a casa. Hace tanto tiempo que no veo a mis padres que, en el momento en que piso la entrada y llamo a la puerta, se me agita el corazón como si huyera de un león.

—¡Emily! —El grito de mamá me llena de vida.

En cuestión de segundos, me rodea en un abrazo. Yo no digo nada, no me sale ninguna palabra. Me sostengo de ella y me acuno en su hombro. La extrañaba tanto que parece irreal volver a tocarla. Es confuso: me siento eufórica y en paz a la vez. Su olor almizclado, su piel sedosa al tacto y su manera de estrecharme, como si me protegiera de algo, me hacen retroceder en el tiempo. Ojalá pudiera ser siempre así.

Mia aparece, me abraza por la cintura mientras confiesa cuánta falta le he hecho y me ruega que no vuelva a marcharme. Padre viene después, limpiándose la tierra de las manos con un pañuelo que tira al suelo en cuanto me ve. Salió del patio, por lo que estoy segura de que arreglaba mi jardín.

—Mi niña —dice cuando llega a mí.

Ni siquiera intento contenerme. Me aferro a su camisa con ímpetu y él me acaricia la cabeza. Papá es algo diferente para mí. Lo amo incondicionalmente. Es la persona con la que más segura me siento. Él logra unir todos los pedazos de mi corazón, aquellos que



mamá me ayudó a recoger y cargar. Papá es mi estrella más brillante y el hombre en el que más confío. Ojalá no tuviera que irme, ojalá pudiera retomar mi vida como la conocía, ojalá pudiera protegerlos de todas mis decisiones. Ojalá, ojalá, ojalá.

—¿Quién es él, Mily? —pregunta mi hermana menor, señalando al señor Modrisage.

—Vino a acompañarme. Trabaja en el palacio. Su nombre es Francis.

No es una mentira. Solo no dije de qué palacio.

—La esperaré afuera, señorita Malhore —dice un tanto incómodo antes de dedicarme una reverencia corta. Ya empezamos con las muestras de respeto.

—¿Vas a quedarte, Mily? ¿Ya Stefan te dejó ir? —Mia sigue con el interrogatorio y se me hunde el pecho.

¿Debería decir que sí? ¿Explicarles cómo sucedió todo? ¿Que en realidad estoy escapando de él de una manera *legal*?

—Voy a casarme con el rey Magnus —suelto sin anestesia. Entre más lo piense, menos me animaré.

Sus rostros palidecen y se quedan estáticos un segundo. Me miran y luego se miran entre sí. Veo el cuerpo de papá tensarse y la cara de mamá, que, aunque sorprendida, no me juzga.

—¡Serás una reina! —Mi hermana es la única feliz por la noticia—. En las tutorías van a estar asombrados de que mi hermana sea una reina.

—Hija, no lo entiendo. —Papá no tarda en reaccionar—. ¿Tú no querías ni verlo y ahora vas a casarte con él? ¿Te está obligando? Puedes decírmelo. Te prometo que encontraremos una solución.

Me duele el corazón al escucharlo. Asqueroso día en el que Magnus tuvo la idea de venir a buscarme acá, porque, pese a que papá no está al tanto de lo que ocurrió, sí sabe que yo estaba profundamente herida por él. No me queda más que inventarles que ya lo perdóné y que logramos entendernos. ¿El resultado? Ninguno me cree. Mamá me dedica una mirada llena de pena y una sonrisa caída mientras papá enarca una ceja, incrédulo.



—No nos mientas ni te mientas a ti misma, por favor, hija —ruega papá. Me conoce bien.

—No miente —Mia me defiende mientras da pequeños saltos de felicidad—. Emily no es una mentirosa. Ella será reina de Lacrontte y yo princesa. ¿Verdad que sí?

—¿Y tú quieres ser reina? —La pregunta viene de mamá, quien ahora es la más calmada de los tres—. Todas mis hijas nacieron para grandes cosas. La cuestión es si tú quieres ese cargo.

No, no quiero. Mi única meta era tener una floristería. La cuestión es que las cosas han cambiado y los planes más sencillos ahora son los más lejanos. Seré reina de Lacrontte hasta que tenga un plan para renunciar al título y divorciarme de Magnus.

—Claro que quiero. —Imposto la voz para creermela mentira—. Y quiero que ustedes estén a mi lado cuando eso pase. Vengan a vivir a Lacrontte conmigo, se lo ruego. Allí podrán abrir la perfumería y no tendrán que lidiar con las críticas a las que los someten aquí. Será un nuevo comienzo, padre. —Lo miro con anhelo, con ganas de que de verdad me entienda y me apoye—. ¿Recuerda los locales lujosos de perfumerías que vimos en Mirellfolw? Tendrá uno igual o mejor, se lo aseguro. Será su sueño hecho realidad.

Mi hermana los mira, asintiendo con la cabeza, muy emocionada. Ella claro que quiere irse de aquí, el problema es que mis padres, igual que dos muros de hierro, no me dan ninguna señal de que deseen lo mismo.

—Hija, te amamos —empieza mi madre con un tono melancólico—, es solo que Lacrontte, su gente y su rey no son de nuestro agrado. Ellos le han hecho mucho daño a nuestro pueblo y no es algo que podamos olvidar de un momento a otro.

—Yo seré una lacrontter —les recuerdo con la voz deshecha—. No me dejen sola, se lo suplico.

—La única lacrontter a la que amaremos serás tú. Jamás vamos a dejarte sola. Ten por seguro que iremos a visitarte muy seguido. Debes entender que nuestra vida está aquí: tu hermana Liz está



embarazada, la madre de tu padre depende de nosotros y Mia está casi a mitad de las tutorías.

Sé que Liz los necesita también, por ende intento no ser egoísta y dejo de insistir. Comprendo su rechazo hacia Magnus y el reino. Hemos pasado muchas amarguras a causa de su gente y nuestra vida está en Mishnock... Bueno, la suya. Ahora la mía está al otro lado de la frontera.

—Entonces no hay otra cosa que decir. —Me resigno con el alma rota—. Espero volver a verlos pronto.

—¿Te vas ya? —La pregunta de papá quiebra lo poco que quedaba intacto. Su mirada triste me desarma y me hace frágil—. Pasa la noche aquí, al menos.

—Debo salir rápido de Mishnock, antes de que Stefan busque complicar las cosas.

Puedo sentir el dolor de mis padres mientras me abrazan para despedirse, el llanto de mamá en mi hombro y el desasosiego que papá trata de ocultar fallidamente. No soy capaz de salir de casa, pues cuando cruce la puerta nos separaremos de nuevo y no estoy preparada para enfrentar mi presente.

—Dos de mis niñas se van de casa en menos de un año. Daniel y el rey de Lacrontte no imaginan lo que me han robado. Gracias a Dios, Mia apenas tiene once años.

—Tú también me robaste de casa, Erick —señala mamá con una sonrisa cómplice que papá corresponde.

Este es un momento burbuja dentro de la caja de mis recuerdos que explota demasiado pronto. Extrañaré mi vida de plebeya; extrañaré mi casa, mi familia, y extrañaré llevar el Malhore como primer apellido.